

MAXI
TUSQUETS
EDITORES



**ROSA
RIBAS**

Peces abisales

ROSA RIBAS
PECES ABISALES



1.^a edición en colección Andanzas: marzo de 2024

1.^a edición en colección Maxi: marzo de 2025

© Rosa Ribas, 2024

Autora representada por The Ella Sher Literary Agency

Adaptación de la cubierta: Maxi Tusquets / Área Editorial Grupo Planeta

Ilustración de la cubierta: © Gerard Serrano, 2024

Fotografía de la autora: © Ivan Giménez / Tusquets Editores

Diseño de la colección: FERRATERCAMPINSMORALES

Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S. A. - Avda. Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.maxitusquets.com

ISBN: 978-84-1107-578-7

Depósito legal: B. 3.655-2025

Impresión y encuadernación: QP Print

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

1. De páginas en blanco y profundidades abisales.	13
2. De un osito sin rostro y diarios imposibles . .	25
3. De gente debajo de la cama	41
4. De piratas, ovejas muertas y marcianos . . .	53
5. De contar historias y de hacer llorar.	67
6. De nombres y otros misterios.	77
7. De cochinillas superdotadas y aprender a fracasar	89
8. De viajeros inmóviles y otras mentiras	101
9. De palabras	113
10. Vivir en tres lenguas	129
11. De los deportes y de trabajos tristes	143
12. De grafito y mala letra	153
13. De vasos campaniformes y errores	165
14. De traslados y libros rencorosos	179
15. De tres tristes turcos y un alemán despistado	199

16. De falsos besugos	211
17. Última palabra	219
<i>Agradecimientos.</i>	221

De páginas en blanco y profundidades abisales

Me gusta empezar a escribir porque hago desaparecer la página en blanco. Literalmente.

No le tengo miedo a la página en blanco, me desagrada. Su blancura me molesta, es una tortura visual. Por delante de mis ojos, en realidad, por el interior de mis ojos, en el humor vítreo, flotan siempre partículas, manchas, cuerpecillos informes cuya presencia es más evidente en cuanto miro una superficie monocolor, y son omnipresentes si la superficie es blanca. Existe una expresión en francés para estos cuerpos, *mouche volant*, que los hace parecer, quizás, algo más simpático o incluso glamuroso, como si se tratase de una enfermedad decadente, muy *fin-de-siècle*, de la que una se queja con cierta displicencia mientras fuma con languidez, «hoy la *mouche volant* me está volviendo loca». En mi caso, más que una mosca, lo que vuela por el interior de mis ojos es un enjambre entero.

Cubrir las páginas blancas de letras es un alivio. Cada palabra, cada línea sobre la superficie lisa hace que deje de percibir los cuerpos flotantes. Es la simple técnica de tapar una mancha con otra mayor. Aunque no me engaño, sé que, por más que la página esté llena de palabras escritas a lápiz, de flechas que suben y bajan, de borrones, mi visión sigue siendo turbia, y que, en cuanto llegue al final de la página, aparecerá la siguiente, blanca y sobrepoblada de sombras. Odiosa como los cielos azules, sin nubes, las paredes desnudas, la arena de las playas denominadas «paradisíacas». Pero mientras escribo, no veo el papel, no veo el blanco, no veo, por lo tanto, las partículas, que son un ruido perenne, como el pitido para aquellos que padecen acúfenos. Mientras escribo, desaparecen las moscas y desaparece el ruido del mundo.

Lo aprendí incluso antes de empezar a escribir. Para entretenernos, mi madre a veces nos ponía a pintar «mantelerías», que eran ajuares de papel hechos con hojas cuadriculadas. Un folio era el mantel; con otro folio cortado en cuartos tenías las servilletas. Hacer mantelerías consistía en colorear alternativamente los cuadraditos con un rotulador, a ser posible rojo, para lograr una muestra ajedrezada. Era una tarea a la que me dedicaba con absoluta concentración. Uno tras otro marcaba el contorno de cada cuadrado para no salirme y lo rellenaba con cuidado. Mientras pintaba cuadraditos, no había ruidos, no había hermanos ni

vecinos ni perros. Tampoco había deberes, porque nada era más importante que convertir una insulsa cuadrícula en un mantel a cuadros. Nadie podía pedirme nada, ni siquiera mi madre, ya que ella era quien había encargado la mantelería. Mientras pintaba cuadraditos en la mesa del comedor, me quedaba fuera del mundo, en-simismada, mejor dicho, enmimismada. No sé dónde estaba, pero desde luego no estaba allí.

Lo mismo me sucede cuando escribo. No sé dónde estoy, pero sí sé dónde no estoy. O quizás sí, estoy cubriendo una página en blanco con letras de grafito como antes cubría la cuadrícula con tinta de rotulador. En los mantelitos y las servilletas se notaba después el peso de la tinta en el papel. Aunque menos, en mis hojas escritas a lápiz también se tiene que notar el peso del grafito que me ha ayudado, línea a línea, a mantener a raya a las partículas, un efecto secundario de la miopía.

A la miopía le debo muchas cosas, casi ninguna merecedora de agradecimiento: terrores nocturnos, insultos por mis gafas, no poder practicar deportes de contacto, tener los otros sentidos agudizados a veces de manera dolorosa, el odio a las superficies blancas, no saber nadar bien, complejos..., pero también una forma propia de ver el mundo derivada de la visión defectuosa de unos ojos tan grandes como poco útiles.

Si las carencias, más que las capacidades o virtudes, son las que impulsan y caracterizan a los escritores, la miopía ha determinado mi mirada, mi forma de percibir el mundo y, por supuesto, mi escritura.

Estoy hablando de más de veinte dioptrías (hace tiempo que decidí no preguntar por el segundo dígito), de unos ojos que aparecen en artículos especializados de medicina. Durante unas pruebas en la Clínica Universitaria de Frankfurt, uno de los oftalmólogos, con el irresistible acento de los brasileños hablando alemán, me pidió permiso para publicar imágenes de mis ojos en sus estudios. Parpadeé con coquetería al decir que sí, a pesar de saber que lo que le interesaba era el fondo del globo ocular.

Son unos ojos ante los que el catedrático que los operó (porque unos así los tenía que operar, por supuesto, el gran maestro en persona) hizo desfilar a todos sus discípulos. Puestos en fila con sus batas blancas, se asomaron a mis ojos a través de un aparato para contemplar el resultado de la operación. Que detrás del aparato y del ojo hubiera una persona no sé si llegaron a apreciarlo, mientras miraban y admiraban la obra del maestro que les iba indicando en qué tenían que fijarse.

Así que cuando hablo de miopía, estoy hablando de manchas de colores, de borrones, sombras y reflejos, como vistos a través de un parabrisas mojado. Sin gafas, la realidad visual es hipotética, la gente, como

en los cuadros de Philip Barlow, es anónima, si me apuran, abstracta. Me cuesta distinguir qué manchas forman parte del mismo objeto, si están cerca o lejos, si se mueven o permanecen quietas, cuáles son parte del escenario y cuáles son la acción. Sin gafas, el mundo es un enigma y una inferencia.

A lo largo de los años, los oculistas me lo han venido diciendo. A diferencia de otros especialistas, como ginecólogos o dentistas, los oculistas suelen ser bastante lacónicos, tal vez contagiados de la parquedad de lo que nos hacen leer cuando nos miden la visión.

—A, Z, T y un ocho.

—La siguiente.

—Algo redondo. ¿O? ¿C?

—Usted no ve bien.

Menuda novedad.

—Es una O. Sí, es una O. La que no veo es la siguiente línea.

—Ni la verá.

—Gracias, doctor.

No veo la siguiente línea, pero la imagino, y me queda la sospecha de que era mucho más interesante que las anteriores. Esa sí que tenía sentido, ahí se encontraba consignada una clave secreta, las coordenadas del tesoro.

Me quedaré sin saberlo. El oculista nunca me la revela. Si me la leyera, yo incluso la vería, porque mi

cerebro está acostumbrado, más bien ansioso, por rellenar los huecos de información. Tiene mucha práctica, lleva años haciendo inferencias a partir de premisas incompletas y llenándome la vida de extraños acompañantes. Se los presentaré en unas páginas.

A la miopía le debo también, como dije, no saber nadar bien. La piscina municipal del Prat en la que nos daban las clases de natación de pequeños tenía unos dos metros de profundidad; no había ningún punto en el que se pudiera hacer pie. La piscina tenía para mí dimensiones oceánicas, porque desde un extremo a duras penas llegaba a distinguir dónde estaba el otro.

A los niños que aprendíamos a nadar nos ponían alineados en el agua, con las manos apoyadas sobre el borde rugoso de la piscina, y nos hacían patalear como minibatidoras. El cuerpo flotaba, pero en ningún momento te olvidabas de que debajo de ti había casi dos metros de agua dispuestos a engullirte, de modo que te aferrabas al canto áspero procurando no ceder ni un centímetro.

El método pedagógico del monitor, un tipo triangular cubierto de vello pelirrojo, consistía en agarrar al azar a un niño por la mano y el pie y tirarlo al centro de la piscina. El niño elegido pasaba dando

alaridos sobre nuestras cabezas como una estrella de mar voladora y caía al agua. Después llegaban los berri-dos del tipo diciéndole que cerrase la boca si no que-ría tragarse la piscina y que moviera los brazos y las piernas. El primer día del cursillo no te tiraban, pero esa podía ser tu suerte a partir del segundo, si el trián-gulo pelirrojo consideraba que ya habías batido sufi-cientemente el agua.

Cuando ese día por fin nos permitieron salir, me puse las gafas que había dejado en las gradas sobre una toalla y miré hacia el centro de la piscina para asegurarme de que en el fondo no estaban los cuerpos de los niños que no habían movido bastante los bra-zos y las piernas.

Al llegar a casa le conté a mi madre que la piscina no solo era honda sino infinita, y ella decidió que no volvería a clases de natación. Siempre se lo agradeceré, aunque siga sin saber nadar bien.

Cuando miro el mar, no puedo dejar de imaginar qué se oculta debajo. El fotógrafo alemán Sven Johne tiene una serie de cinco fotografías de gran tamaño de la superficie del mar titulada «Ship Cancellation». Lo que vemos son olas. Sobreimpreso, rozando la línea del horizonte, leemos el nombre del mar, el nombre de un barco y unas coordenadas que corresponden al pun-to exacto en que naufragó y se hundió el barco, es decir, lo que no vemos. Sin esas líneas de texto, nada lo revelaría. Tras un hundimiento, la superficie del agua

se cierra casi de inmediato y desaparece todo rastro. En las fotos de Johne solo vemos olas idénticas a las que se podría haber fotografiado un par de metros a la derecha o a la izquierda. El agua se lo traga y lo oculta todo sin el menor asomo de culpabilidad.

En el agua no se pueden poner lápidas ni monolitos como el que marcaba el lugar en el que un avión Messerschmitt se había hundido en los terrenos pantanosos y palúdicos del Prat de Llobregat, mi ciudad natal. Sucedió en 1940 durante una exhibición en el aeródromo del Prat. Mientras dábamos un paseo a la playa, mi abuelo paterno, siguiendo la tradición de transmitir fantasmas propios y ajenos a las siguientes generaciones, señaló la piedra blanca en medio del campo y me contó que el piloto del Messerschmitt quiso lucirse ante su novia, que estaba entre el público. Empezó a hacer piruetas en el aire, pero perdió el control, cayó en picado desde unos mil metros de altura y desapareció en la tierra tras levantar un géiser de barro. Durante mucho tiempo soñé con ello, tuve pesadillas de asfixia, de arenas movedizas en las que el piloto anónimo me tiraba de los pies. Años más tarde supe que se llamaba Eduardo Laucirica y que lo poco que se encontró de él cuando retiraron el monolito para que esos campos quedaran a su vez sepultados por la ampliación del aeropuerto, se llevó a un nicho del cementerio de Montjuic. Para entonces, llevaba mucho tiempo sin visitarme.

El fondo del mar debe de estar lleno de restos de barcos hundidos a lo largo de los siglos. También aviones, y, cerca de la costa, estarán los restos de coches que se precipitaron al tomar mal una curva. Además, cerca del fondo del mar viven los peces abisales, que me fascinan tanto como me duelen.

Cuando iba al instituto, mi amiga Angélica, que cantaba en la coral del Prat, me dijo que seguramente ese año el coro participaría en un concurso internacional en Gales. Lo de cantar, a mí me daba algo de vergüenza, pero la idea de hacer un viaje al extranjero era demasiado tentadora, de modo que me apunté al coro.

Las contraltos, a las que me sumé, eran pocas, y la gravedad de las voces se debía, en la mayoría de los casos, a la edad y a la laringitis crónica de otras integrantes de la cuerda. Solo Angélica y yo teníamos dos voces graves sin que mediaran los años o alguna dolencia. Era un coro aficionado, que cantaba folclore catalán y alguna pieza alemana romántica. Era un coro bastante malo, pero el maestro necesitaba voces para poder presentar a concurso al otro coro que dirigía en Barcelona. De modo que eran muchos los alicientes: las piezas que cantábamos eran buenas, se ensayaba en Barcelona y había un viaje a Gales.

En el concurso se participaba en tres categorías: coro mixto, coro femenino y canción tradicional. En esta última formación no entré porque tenían que ser grupos reducidos, y las contraltos más veteranas reclamaron su derecho a cantar «L'Empordà» con faringitis crónica. Pero, cantásemos o no en el coro tradicional, uno de los días del festival en Llangollen teníamos que ir todos ataviados con trajes típicos, así que me vestí de *pubilla*.

Habría olvidado que las medias blancas que me compró mi madre eran demasiado pequeñas y se rompieron cuando me las puse, por lo que tuve que pasar el día con las piernas desnudas con un frío bastante intenso; habría olvidado la falda de flores, el delantalito negro con puntillas, el corpiño, los guantes de redecilla..., lo habría olvidado todo si durante el festival no hubiera sufrido una transformación zoomórfica que no le deseo a nadie que tenga diecisiete años.

Me convertí en un pez abisal.

Los peces abisales me parecen unas criaturas absolutamente fascinantes, sobre todo aquellos que portan una especie de farolillo bioluminiscente en la cabeza. Pero mi transformación no derivó de la atracción por unos peces que son solo cabeza, mejor dicho, son solo una mandíbula de enormes dientes filosos y ojos saltones. Mi transformación no fue como la del narrador del relato «Axolotl» de Julio Cortázar, que cada día en el Jardín des Plantes de París contempla con tal fas-

cinación estos anfibios mexicanos que acaba convertido en uno de ellos.

Ese día, tras ponerme el traje de *pubilla*, me recogí el pelo en la redecilla negra tradicional en forma de cola de pez a juego con los guantes y, en cuanto logré meter las varillas de mis gruesas gafas, no tuve que volverme para saber que había sufrido una transformación. De reojo en el espejo distinguí el inconfundible perfil de un pez abisal. Los cristales, enormes, gordos como el culo de una botella, asomaban de la forma pisciforme que la redecilla le daba a mi cabeza. Era un pez abisal.

Que tenía que abandonar las profundidades marinas y pasar un día entero siendo un horrendo, feísimo, ridículo pez abisal vestido de catalana y con las piernas desnudas y ateridas. De modo que salí a nadar por el recinto en que se celebraba el concurso, entre guapísimos africanos vestidos con pieles de leopardo y rubísimas polacas con diademas de flores en la cabeza que me hicieron desear, por lo menos, haber tenido mi lamparita bioluminiscente en la cabeza como un pez minero de los fondos marinos.

Conservo una foto del concurso de canto en el que quedamos penúltimos en las categorías de coro mixto y canción tradicional y antepenúltimas en coro femenino. Una foto recordatorio con todos los miembros del coro dispuestos en varias filas. Para la foto me quité las gafas. No me había recuperado todavía de la ex-

perencia de pez abisal. Sin saber quién soy, se me puede distinguir perfectamente: soy la única que no mira a la cámara porque no ve dónde está.

Pero estoy sentada en las rodillas de una mujer, cuyo nombre me apenas haber olvidado. Una mujer que tenía la voz tan grave que cantaba con los tenores, por eso solo recuerdo que la llamábamos «la tenora». Una mujer que, cuando nuestro autocar hizo parada en París —porque nuestro coro no se podía permitir hacer el viaje en avión y lo hicimos en autocar— y un camarero nos sirvió el desayuno con brusquedad, tirándonos los *croissants* sobre la mesa, lo increpó en francés preguntándole si creía que estaba dando de comer a los cerdos. La adoré desde entonces.

Sé por experiencia que tienes que hablar muy bien una lengua extranjera para poder usarla cuando estás enfadada. Para que tu propia furia no haga que la lengua ajena se encabrite, te tire al suelo y te deje balbuceando.

También sé que los peces abisales, aunque muy pequeños, son los únicos que tienen mecanismos para resistir la tremenda presión del agua sobre sus cuerpos.

Y, sobre todo, sé que solo tengo que cambiar la forma de contarlo para que no me duela, porque solo gracias al humor he logrado narrarlo, haciendo de ese momento triste, devastador para la ya magullada autoestima de una adolescente, una historieta cómica en la que asoma también algo de heroísmo.